



CAPITULO VII.

EL PARTIDO ANTIREELECCIONISTA. (I)

Antes de abordar de lleno la cuestión, haremos un ligero examen de los partidos políticos en México.

Los dos grandes partidos que se formaron una vez obtenida nuestra independencia, el liberal y el conservador, representaban en aquella época las aspiraciones y los intereses de dos grandes grupos de mexicanos.

El primero, de ideas avanzadas, quería implantar en nuestro país los principios más modernos, y el segundo deseaba conservar hasta donde fuere posible, las tradiciones antiguas. Este partido, integrado principalmente por la gente de dinero, siempre conservadora, y por el clero, po-

[1] En la primera edición, este capítulo trataba de un Partido Nacional Democrático cuya organización proponíamos.

Antes de salir á luz dicha edición, se organizó en esta Capital el Partido Democrático, pero con tendencias diferentes de las señaladas por nosotros.

Para evitar confusiones hemos resuelto cambiar la denominación de este capítulo reservándonos para el apéndice ocuparnos del Partido Democrático.

seedor de inmensas riquezas, buscaba á la sombra de un Gobierno de su hechura, la protección á sus cuantiosos intereses.

Inútil será referir las largas luchas sostenidas por esos dos partidos.

Nos bastará decir que en el Cerro de las Campanas quedó sepultado para siempre el antiguo partido conservador.

Cuando el partido liberal hubo triunfado definitivamente, se disgregó en dos partidos personalistas, pues ambos proclamaban los principios liberales y enarbolaban la Constitución de 57 como su divisa de combate.

Estos dos grandes partidos los constituían los Juaristas y Lerdistas por un lado, y por el otro los Porfiristas.

Ya hemos visto como llegó al poder este último partido.

La política de conciliación del General Díaz vino á borrar los últimos vestigios del partido conservador.

Sin embargo, la política anticonstitucional del General Díaz ha creado muchos descontentos, y estos se encuentran entre aquellos á quienes preocupa el porvenir de la Patria, ya sea que sus ideas los acerquen al antiguo partido conservador ó al liberal.

Estos descontentos ó sea el elemento opositor, constituyen en realidad un partido, pues aunque no esté organizado, existe la aspiración uniforme de un grupo de ciudadanos hacia un mismo fin, y esa aspiración será el móvil que los lleve á unirse y organizarse.

Este partido no tiene por lo pronto otra aspiración, sino que la voluntad nacional pueda libremente intervenir en el nombramiento de los gobernantes.

La aspiración de ese partido, es por consiguiente, substituir el Gobierno absoluto de *uno solo*, por el Gobierno constitucional de *todos* los ciudadanos.

Por estas circunstancias encontramos que las dos grandes banderías ya organizadas, las cuales dividen actualmente la opinión del elemento oficial, están constituidas por quienes desean la prolongación del actual régimen de Gobier-

no. Estas se llamarán reeleccionistas, pues han querido ocultar sus verdaderas ambiciones detrás del General Díaz, cuya reelección proclaman como indispensable, aunque en realidad los grupos de reeleccionistas, el Científico y el Reyista, verían con gusto que el grande hombre que nos gobierna dejara el poder para apoderarse de su rica herencia.

Los dos partidos, de tendencias semejantes, debían llamarse absolutistas, por ser el absolutismo el principio de Gobierno que profesan, pero no se atreven á declarar francamente sus tendencias, y pretenden ser partidarios de la Constitución; lo cual no es cierto.

El otro gran partido, formado por los que no están contentos con la conducta anticonstitucional del General Díaz, podrían llamarse "Constitucionalistas;" pero esta denominación sería poco precisa, pues ningún partido rechaza la Constitución; todos pretenden apoyarse en ella; la diferencia consiste en que un grupo determinado quiere respetarla solamente en la forma, y en el fondo continuar con el poder absoluto, mientras que el otro desea se aplique en la forma y en el fondo, por medio de las prácticas democráticas.

Creemos, por consiguiente, bastante justificado en el nombre que proponemos para el gran Partido que se organizará con los elementos dispersos de lo que hasta ahora se ha llamado partido independiente, ó de oposición, y que más bien han existido localizados en los Estados, pues nunca se ha iniciado un movimiento verdaderamente nacional para unir esos elementos; el único que podría reclamar esa honra, el "Partido Liberal," no manifestó francamente sus tendencias, y aparentemente intentaba resucitar las antiguas luchas entre liberales y conservadores; además, pronto fué ahogado en su cuna por medio del ruidoso atentado de San Luis Potosí.

Tendencias del Partido Antireeleccionista.—Su programa.

Todo partido político debe tener su programa; que desarrollará cuando obtenga el poder, y por cuyo

triunfo trabajará en las Cámaras en la Prensa y en los clubs.

Mientras más extenso sea el programa y encierre más principios, será más reducido el número de quienes lo aprueben en su integridad.

Partiendo de este principio, convendrá que el programa del Partido Antireeleccionista, sea lo más conciso posible, á fin de que quienes ingresen á su seno puedan encontrar el medio de satisfacerse sus diversas tendencias, siempre que fueren sanas y patrióticas.

Repetimos que el antiguo partido conservador ya no existe. Sus elementos dispersos han ingresado, según sus tendencias, á los dos grandes partidos que se esbozan: el reeleccionista ó absolutista y el antireeleccionista ó constitucional.

Igual cosa ha ocurrido con los elementos del partido liberal.

Por consiguiente, al derredor del Gobierno se han agrupado los elementos que sólo piensan en su bienestar personal, lo cual les hace prescindir de principios y cualesquiera que sean los que profese el Jefe de Gobierno, serán ellos sus partidarios.

No pasará de igual manera entre las filas del Partido Antireeleccionista, pues quienes ingresen á él, tendrán que ser por la naturaleza misma de las cosas, personas de principios firmes y que no transigirán tan fácilmente con ellos.

En nuestro concepto, y según el movimiento que hemos observado en la prensa independiente, llámese católica ó liberal, parece que predomina la idea siguiente:

TRABAJAR DENTRO DE LOS LÍMITES DE LA CONSTITUCIÓN, PORQUE EL PUEBLO CONCURRA Á LOS COMICIOS, NOMBRE LIBREMENTE Á SUS MANDATARIOS Y Á SUS REPRESENTANTES EN LAS CÁMARAS.

Una vez obtenido este primer triunfo y habiendo logrado que las Cámaras estén integradas por representantes legítimos del pueblo, trabajar porque se decreten las leyes necesarias á fin de evitar la repetición de que un hombre con-

centre en sus manos todos los poderes y los conserve durante una época tan prolongada.

La medida más eficaz para lograr este objeto, consiste en adoptar de nuevo en nuestra Constitución federal y en las locales de los Estados, el principio de no reelección.

Por consiguiente, estos serán los principios que proponemos para que sirvan de Programa al Partido Antireeleccionista:

LIBERTAD DE SUFRAGIO.

NO-REELECCION.

Una vez obtenido el triunfo del primer principio y establecido en nuestra Constitución el segundo, entonces será tiempo de estudiar con entera calma y con las luces de la experiencia, qué reformas conviene hacer á la ley electoral; estudiar si debemos modificar la Constitución adoptando definitivamente el parlamentarismo con ministros responsables y un Presidente que no gobierne á fin de que presida con más majestad los destinos de la Nación. Con este motivo, habrá acaloradas discusiones en las Cámaras, y el Partido Antireeleccionistas se dividirá á su vez en los dos grandes partidos que en todos los países del mundo han representado las tendencias opuestas de la opinión: el liberal y el conservador.

El primero, queriendo siempre avanzar con febril entusiasmo; el segundo moderando sus impulsos, haciéndolo marchar con pies de plomo, dando por resultado que esos dos partidos, equilibrándose constantemente, harán nuestro progreso pausado, pero seguro. Sin embargo, los dos futuros partidos estarán de acuerdo en los grandes principios, democráticos y Antireeleccionista, motivo por el cual dejará de subsistir esta denominación para ser reemplazada por otras más oportunas.

Cuando esto llegue á suceder y que de modo definitivo se implanten las prácticas democráticas, el pueblo tendrá á su disposición el medio de dar á conocer sus aspiraciones, las cuales serán en muchos casos definidas por los parti-

dos políticos, siempre ocupados en buscar la fórmula más aceptada en la República, tanto por el deseo muy patriótico de obtener el progreso y el bienestar de la Nación, como por conveniencia para el mismo partido.

Así como ahora vemos al Partido Científico y al Reyista adular al General Díaz á quien juzgan omnipotente, entonces veremos á los partidos que resulten halagando al pueblo, cuya omnipotencia será más duradera y efectiva.

Oportunidad para formar el Partido Antireeleccionista.

La frase tan popularizada: «después del General Díaz no admitiremos más dominio que el de la ley,» hace creer á muchas personas que el momento oportuno para proceder á la formación de este partido, será á la muerte del General Díaz, juzgando que mientras viva no lo permitirá, y que intentar la formación de un partido opositor desde ahora, sería una temeridad.

Nosotros no opinamos de tal manera; más bien estamos convencidos de que la época actual es la más oportuna para la formación de este partido.

Efectivamente, los peligros para formar ese partido serán mayores á la desaparición del General Díaz, porque su sucesor, joven y con gran ambición, no vacilará en recurrir á medidas violentas para afianzarse en el poder, el que indudablemente deseará disfrutar por muchos años; mientras que el General Díaz, ya tan cerca de la tumba, no tiene el mismo aliciente; más bien ha de encontrarse cansado de llevar por tantos años el peso de los negocios públicos, y no será remoto que aspire al descanso.

Además, el General Díaz ha adquirido tal gloria y tanto prestigio, que no querrá exponerlos cometiendo atentados sangrientos al fin de su carrera, con el objeto de sostenerse unos años más en el poder que ha disfrutado por tan largo período de tiempo, por lo que ya no tendrá á sus ojos la misma novedad.

Por último, el General Díaz es indudablemente de una

moralidad superior á sus probables sucesores, y es más lógico esperar de él que de cualquiera de estos últimos, alguna concesión á la voluntad nacional, porque no debemos olvidarlo: el General Díaz tiene grandes compromisos con la Nación, á quien no ha cumplido sus promesas de Tuxtepec y ahora que no tiene á quien temer sino al fallo de la historia, ni más que desear sino la gratitud nacional, no será remoto que procure atraerse esta última y asegurarse un fallo favorable de la primera, respetando en sus últimos días la voluntad del pueblo y cumpliendo todas las promesas que antes hizo á la Nación.

En este caso, el General Díaz podría justificarse ante la historia, diciendo: «Es cierto: no cumplí á la Nación las promesas que le hice cuando por dos veces la induje á levantarse en armas para conquistar el principio de no reelección; pero fué porque temí que al dejar el Gobierno volviera la República á la era funesta de las revueltas intestinas. Con mi permanencia en el poder reduje al militarismo; maté el espíritu turbulento, hice que en todos los ámbitos de la República se respetara la ley, consolidé la paz, extendí por todo el país una vasta red ferrocarrilera construí grandiosas obras materiales, favorecí la creación de cuantiosos intereses privados, aumenté la riqueza pública. De mi Patria turbulenta, pobre, sin crédito, he hecho un país pacífico, rico y que goza de justo crédito en el extranjero. Es posible que para llevar á cima esta obra, haya cometido algunas faltas; todo el mundo está expuesto á errar; pero esas faltas han sido de buena fe y en prueba de ello, la principal que se me puede imputar, el que me haya colocado encima de la ley, sólo la cometí mientras lo juzgué indispensable para llevar á feliz término mi obra, puesto que ahora que la creo terminada y al país apto para ejercer sus derechos, devuelvo á la ley su imperio y su majestad y yo mismo me coloco bajo de ella, á fin de que en lo sucesivo sea la ley la guardiana de la paz y la que asegure el progreso indefinido de mi Patria, porque creo firmemente no

encontrar sucesor más digno que la Ley. Los últimos días de mi vida los consagraré á defenderla, á consolidar su prestigio, poniendo á su servicio todo el mío, y ¡ay de quien intente violar la ley que yo seré el primero en respetar!»

Aunque los intransigentes podrían hacer algunas objeciones, la inmensa mayoría, la casi unanimidad de los ciudadanos aclamaría al General Díaz, que con este hecho en un solo momento conquistaría la gloria reservada á Washington: ser el primero en el corazón de sus conciudadanos.»

El prestigio del General Díaz llegaría entonces á tal grado, que en cualquiera parte donde se encontrara, sería considerado como el árbitro de nuestros destinos, y la gratitud nacional hacia él no tendría límites.

Es cierto que en substancia el General Díaz dijo esto mismo á Creelman; pero esas declaraciones, hechas á un extranjero, fueron desde luego desvirtuadas y han perdido el resto de su valor por haberse demostrado que no eran sinceras.

No pasaría lo mismo si el General Díaz en vez de nuevas declaraciones se limitara á respetar la ley, á garantizar á todos los ciudadanos el uso de sus derechos, á no poner trabas para la formación de partidos independientes, á no permitir que el sufragio fuera adulterado. Entonces sí, apoyado en los hechos, sus declaraciones tendrían gran peso; su palabra, el acento conmovedor de la verdad; sus actos, la grandeza digna de nuestra historia y de nuestros destinos.

Ya lo hemos dicho: no será remoto que el General Díaz se resuelva á observar esta conducta cuando vea que la Nación, organizada formidablemente en partidos políticos y agitada por el calor de la lucha, le haga oír su voz y le manifieste virilmente sus deseos; entonces el General Díaz convendrá en que la Nación está verdaderamente apta para la democracia, y en parte por el deseo de cumplir sus antiguos ofrecimientos, por respeto al fallo de la historia y por el deseo de aparecer magnánimo y en parte por el temor de no comprometer en tan avanzada edad el brillo de sus laureles.

en una lucha contra el pueblo, tomará la determinación heroica de abdicar del poder absoluto, sometiéndose á la ley.

Lo comprendemos; estas consideraciones son de poco peso para la mayoría, que no cree posible una lucha electoral; pero nosotros hablamos para el caso de que el pueblo despierte y se levante enérgico y decidido á hacer uso de sus derechos. En caso contrario, no será el General Díaz ni ninguno de sus indicados sucesores quienes lo han de despertar y hacer que reclame sus derechos, y esto por la razón misma de las cosas, porque siempre han existido tendencias opuestas entre gobernantes y gobernados; los primeros procurando adquirir la mayor suma posible de poder; los segundos, limitándolo para mejor garantizar su libertad.

De todos modos, comprendemos que estas consideraciones por sí solas no demuestran que ahora sea la oportunidad para la formación del Partido Independiente; pero tenemos otras razones muy atendibles que pasamos á exponer.

Organizándose este partido antes de las elecciones de 1910, se tendría la seguridad de que quienes ingresaran á su seno, por la razón misma de las cosas, serían demócratas verdaderos, partidarios sinceros de la no-reelección, elementos completamente sanos, hombres de gran energía, de verdadero valor civil y de ideales bien definidos.

Efectivamente, en las actuales circunstancias, no podrán ingresar otra clase de personas á este partido, porque la generalidad considera temerario intentar la formación de una agrupación opositora, así es que los promotores que lo encabezan, necesitan tener un valor poco común en las actuales condiciones porque atraviesa el país; además, á nadie se le ocurrirá ingresar á éste por ambición personal, pues sería mucho más fácil obtener un puesto en la actual administración haciendo las declaraciones de los incondicionales ó capitulando oportunamente; mientras que el Partido Independiente tiene muy pocas y lejanas probabilidades de triunfar, al menos según el criterio dominante. Este partido, por su audacia en haberse opuesto á la reelección del General

Díaz y por su valor y patriotismo en despertar la opinión pública, tendría siempre un gran prestigio en la Nación, pues aunque fuera derrotado en la primera lucha, su influencia en los destinos del país sería grande en un futuro no lejano.

En cambio, si se espera la muerte del General Díaz para organizar este partido, desde luego será mucho más difícil formarlo, porque sería ilógico que antes de saber como se comportaría su sucesor, se le hiciera oposición.

Además, la impresión que causara tal acontecimiento nadie puede preverla, y si seguimos como hasta aquí, sin organizar partidos políticos independientes, no será remoto un conflicto armado entre los dos partidos reeleccionistas, los cuales si desde ahora no desplazan mayor actividad, es tan sólo por temor al General Díaz.

Pero aun no surgiendo este conflicto, indudablemente el partido de oposición sería encabezado desde luego por uno de los dos bandos actuales, por el que no reciba como herencia el poder. Este, para prestigiarse proclamará los principios democráticos y hará al país las promesas más seductoras; y no habiendo otro partido prestigiado, se afiliarán á él todos los elementos independientes. El gran inconveniente de esto consistirá en que quienes encabezen el partido no sean verdaderos demócratas, ni sinceros antireeleccionistas, y sólo proclamarán esos principios para hacerse de partidarios, pero los olvidarán al día siguiente de llegar al poder, como tantos de ellos olvidan al día siguiente las solemnes protestas que hacen de cumplir la ley.

En estas circunstancias, los independientes de buena fe afiliados á ese partido, no tendrán la libertad de acción suficiente para hacer respetar el pacto que entrañaban las promesas del jefe del partido, porque éste, siendo personalista, tendrá que resentirse de su origen.

No pasará lo mismo con un verdadero partido democrático, del cual surgirá el candidato escogido entre los más dignos y cuya fuerza estribará en su partido.

Otra circunstancia en apoyo de nuestra afirmación sobre la oportunidad de organizar un partido político, es que la Nación lo desea, como se puede comprobar por los movimientos electorales en algunos Estados, en los cuales ha tomado parte activa el pueblo, y aunque éstos fracasaron, han dejado en los ánimos el fermento de la libertad y todos están ansiosos por renovar la lucha. Lo demuestran las grandiosas asociaciones de obreros, cuyo fin ostensible es el mutualismo, pero cuya secreta tendencia es la reivindicación de los derechos de ciudadano, y también la Asociación de Periodistas, que aparentemente persigue la unión, y cuyo verdadero móvil es el anhelo de libertad, el deseo de volver á la ley su prestigio y el ardor por combatir en el campo de la democracia. Este anhelo se siente por toda la República y se ha manifestado en multitud de folletos, opúsculos, libros, periódicos nuevos que defienden con más ó menos vigor la gran idea de que es indispensable la lucha electoral. Este libro obedece al mismo móvil, pues creemos, como todo el elemento pensador de la República, que ahora se nos presenta el momento oportuno para la reivindicación de nuestros derechos, que atravesamos por el período histórico de más trascendencia para los destinos de la patria, y que sobre nosotros, los de la nueva generación, pesa una responsabilidad enorme. ¿Veremos perder con criminal indiferentismo la preciosa herencia que nos legaron nuestros antepasados, ó valerosamente lucharemos por reconquistarla? Esa es la pregunta que habremos de contestar ante la historia.

Por todas estas circunstancias, opinamos que ha llegado el momento solemne en que debemos organizarnos en partidos políticos, y los que acariciamos el ideal democrático debemos proceder sin pérdida de tiempo á organizar nuestras fuerzas, á fin de que, llegado el día de las elecciones presidenciales, nuestro partido esté ramificado por toda la República y estemos en condiciones de luchar. Esa lucha será salvadora, aun en el caso de que nuestro partido resulte derrotado.

¿Cómo se formará el Partido Antireeleccionista?

El Partido Antireeleccionista se formará uniéndose los elementos dispersos que se encuentran en la República y que abrigan el mismo ideal de la reivindicación de nues-

tros derechos.

Para lograr este objeto, será conveniente que en cada lugar donde se encuentre un grupo de personas que simpaticen con la idea, se organicen en Club Político, se pongan en relación con los demás de la misma índole y procuren propagar sus ideas por medio de la prensa.

La organización de Clubs aislados sólo servirá para principiar los trabajos y todos ellos deberán unirse á fin de formar en cada Estado un núcleo con su Club Central Director.

A su vez los Clubs Centrales de los Estados se pondrán de acuerdo para nombrar en la capital de la República un Comité Directivo que sirva de centro y dirija los trabajos del partido.

Este Comité Directivo deberá ser integrado por los miembros más enérgicos y adictos al partido, pues tendrá que desempeñar un papel importantísimo. Su misión será mandar delegaciones á los Estados en donde no existan Clubs Democráticos, á fin de instalarlos, hacer propaganda activa por la prensa y convocar á una Gran Convención Electoral cuando lo crea oportuno, á fin de que en ella se acuerde definitivamente el programa político del Partido, y se elijan los candidatos para Presidente, Vicepresidente y Magistrados.

De un modo notable se simplificarán estos trabajos, si en esta capital se organiza un Club netamente independiente. En tal caso podrían adherirse ó aliarse á él todos los Clubs independientes de la República, aunque hubiera alguna diferencia en los principios proclamados por cada uno, porque actualmente el único que todos debemos perseguir, es despertar el espíritu público y organizar un poderoso

partido independiente, que lleve savia nueva á las esferas del Gobierno y ocasione una vigorosa reacción, á fin de que la ley sea respetada por todos y la voluntad nacional logre imponerse.

No aconsejamos que se unan al Partido Democrático ya organizado, porque no lo consideramos netamente independiente, por ser sus directores miembros de la actual administración, lo cual les impedirá defender eficazmente y con energía los intereses del pueblo.

A este propósito, sabemos que en esta capital se trata de instalar un Club Independiente, que podrá ser el núcleo del Partido cuya formación proponemos.

¿Quién será el candidato del Partido Anti-reeleccionista?

República.

Sí intentaremos hacer algunas reflexiones que nos parecen pertinentes, sobre todo, para no dejar laguna en este trabajo.

En la Convención Electoral se nombrará por mayoría de votos quién ha de ser el candidato; pero es indudable que la opinión de la Directiva del Club Central, ó del Comité que se nombre por delegados de los Estados y Distritos de la República, tendrá gran peso en las determinaciones de la Asamblea, sobre todo si con su actitud digna y enérgica se ha captado la confianza de los independientes.

Este Comité, que á una gran energía y un gran patriotismo debe unir un criterio recto y desapasionado, habrá de estudiar con gran calma ese asunto.

Nosotros opinamos que de preferencia debía fijarse el Comité en alguno de los miembros más prominentes de la actual Administración, siempre que su gestión gubernativa sea una garantía de que respetará la Constitución; pues por lo pronto no debe desearse otra cosa sino un hombre que

respete la ley y que, ya sea por convicciones ó temperamento, sea incapaz de disolver el Congreso, lo cual se conocerá no por sus promesas, sino por sus antecedentes.

Las ventajas de tal política son las siguientes:

Al escoger el Partido Independiente su candidato entre los miembros de la actual administración, demostrará que no lo guían ambiciones personales ni espíritu de oposición sistemática, lo cual constituirá la mejor prueba de la pureza de sus intenciones y de su verdadero patriotismo; además, de esta manera se logrará evitar que la campaña asuma un carácter muy violento, pues moralmente estarán desarmados los miembros de la actual administración y sus partidarios, para atacar un partido que da tantas pruebas de cordura; por último, los cuantiosos intereses extranjeros invertidos en nuestra Patria se juzgarían más á cubierto, y bien debemos esa prueba de deferencia, que por espontánea será honrosa para nosotros, á quienes tan poderosamente han contribuido para nuestro desarrollo económico. Las naciones cada vez tienen más ligas entre sí y se deben guardar mutuamente todas las consideraciones compatibles con la dignidad y el honor.

Para seguir esta línea de conducta, creemos indispensable que el candidato dé su consentimiento previo.

En este caso, se contaría hasta con la ayuda de parte del elemento oficial.

Sin embargo, no hay que forjarse ilusiones; convendrá intentar esa política, pero no debe esperarse un resultado satisfactorio, á menos que el General Díaz diera su consentimiento al candidato, lo cual es muy poco probable, aunque no imposible del todo.

Las negociaciones para que aceptara la candidatura la persona en quien se fijara el Comité Directivo, podrían llevar á pláticas con el General Díaz y quizás se lograría arreglar con él un pacto ó convenio, que daría por resultado arreglar la gran cuestión electoral fraternalmente entre la gran familia mexicana.

Mientras las fuerzas de los independientes fueran mayores, sería este convenio más ventajoso para los intereses que representa; este convenio podría consistir en que continuara en la Presidencia el General Díaz, aceptando como Vicepresidente al candidato en quien los demócratas se hubieran fijado para el mismo puesto, y dando determinadas libertades á fin de que paulatinamente y sin sacudimiento, se fueran renovando las autoridades municipales en toda la República, las legislaturas de los Estados, los Gobernadores y las Cámaras de la Unión.

De esta manera, sin sacudidas violentas y sin luchas de resultados inciertos, pero que de todos modos dejarían odios difíciles de extinguir, se habría verificado la transformación de México, y el General Díaz, que podría dejar el peso de esa obra al Vicepresidente, permanecería en un pedestal altísimo, como el severo guardián de la ley, como la encarnación verdadera de la Patria.

Pero el General Díaz, para representar ese grandioso papel, necesita elevarse sobre las banderías políticas, y en vez de acaudillar una de ellas y recurrir á las artimañas, intrigas, persecuciones y fraudes para que triunfe la suya, debe elevarse muy por encima, declarándose la encarnación de la Patria, el guardián de la ley y decir á los mexicanos con voz tonante: «Ya se llegó la hora en que hagáis uso de vuestros derechos. Yo no favorezco á ningún partido. Únicamente deseo que en vuestras luchas electorales respeteis la ley, como la respeto y la haré respetar por todos los agentes de mi gobierno.»

Esa sería la solución más de desearse, pero no la más probable.

En caso que ninguno de los miembros prestigiados de la actual Administración admitiera ser el candidato del Partido independiente, sería necesario elegir éste entre los miembros del Partido y resolverse á entrar de lleno á la lucha electoral, en contra de las candidaturas oficiales.

Campana electoral y sus consecuencias posibles

Indudablemente, esta lucha será ruda; pero es imposible predecir cual será la actitud del Gobierno, de la cual de-

pende el carácter que asuma la campana.

Si el Gobierno se resuelve á respetar la ley, á no ejercer presión en las elecciones y á no adulterar el sufragio, la lucha será agitada, pero no correrá sangre, y esa agitación, despertará por completo al pueblo enseñándole á hacer uso de sus derechos.

En este caso, aun triunfando las candidaturas oficiales, el partido independiente habría obtenido el triunfo de uno de sus ideales: la Libertad del Sufragio, y aseguraría y prepararía el terreno para que pronto triunfara el principio de la no-reelección, pues por mal que le fuera en las elecciones, indudablemente su triunfo sería completo en algunos distritos y tendría sus representantes en las Cámaras, que aun en minoría, constituirían un importantísimo elemento para evitar los desmanes del poder y velar por el respeto de la ley electoral en toda la República.

En tal caso, si la libertad en las elecciones fuera completa y el Gobierno respetara fielmente la ley, podría suceder que el partido independiente triunfara, pues á pesar del inmenso prestigio del General Díaz, una gran parte de la Nación vería con satisfacción que deje el poder en manos más óvenes.

Esta solución, la menos probable de todas, sería el coronamiento más brillante de la obra del General Díaz y del Partido Independiente; en lo sucesivo marcharían de común acuerdo, pues éste sería fácil teniendo una base honrosa para ambos, como sería la ley.

Los independientes habrían visto coronados sus esfuerzos con un éxito inesperado, y en lo sucesivo estaría asegurado el régimen constitucional y la paz definitivamente consolidada, puesto que las energías nacionales habrían encontrado su cauce natural.

El General Díaz, retirado á la vida privada, tendría la satisfacción de ver de lejos su obra coronada brillantemente y más de cerca palparía la gratitud nacional, inmensa, en caso de que observara tal conducta.

Pero estamos hablando en el caso ideal de que por una pronta regresión el General Díaz se resolviera á ponerse sobre los partidos y se declarase el protector de la ley.

Desgraciadamente los hechos hasta hoy no nos autorizan á formarnos tan halagüeñas esperanzas.

Lo más probable será que el General Díaz, obsesionado por la idea fija que ya le conocemos, impulsado por el círculo que lo rodea y que tan bien sabe aprovechar su privanza, quiera reelegirse por última vez y no transija con la Nación ni en el nombramiento de Vicepresidente, Magistrados, Diputados, Senadores, etc., ni en concederle las libertades que desea. En una palabra, que quiera perpetuar el actual régimen de poder absoluto, y dejar á la República maniataada en manos de un sucesor elegido por su capricho, cuyos actos ni él mismo podrá moderar cuando ya no sea de los de este mundo.

Las consecuencias de esta política serán funestas para la República, como se desprende del estudio que hemos hecho para demostrar el peligro tan grande que correrá nuestra patria si seguimos bajo el régimen del poder absoluto con el sucesor del General Díaz.

Por esta circunstancia, es indispensable luchar con energía, aun en el caso de que se prevea una derrota segura, porque con el solo hecho de luchar en el campo de la democracia, de concurrir á las urnas electorales, y sobre todo, de habernos constituido en partido político, los independientes habremos logrado que el país despierte, y el Partido Independiente, aunque derrotado, habrá salvado en realidad las instituciones, pues con esa lucha habrá adquirido tal prestigio, que al morir el General Díaz, se constituirá en un vigía constante para su sucesor, que por este motivo deberá obrar con gran moderación y hacer paulatinamente

concesiones al pueblo, que se las arrancará en las frecuentes luchas electorales, pues los independientes no descansarán, y promoverán campañas electorales en los Estados, á fin de renovar poco á poco los Ayuntamientos, las Legislaturas locales, los Gobernadores y las Cámaras de la Unión.

El Partido Independiente se fortalecerá cada vez más, al grado de contrabalancear el poder absoluto, á fin de que resulte el equilibrio necesario para el funcionamiento normal de nuestras instituciones.

Ya vemos como de cualquier manera que sea, el Partido Independiente prestará grandes servicios á la patria.

Veamos, sin embargo, que podrá suceder si el Gobierno recurre á medidas demasiado violentas para obtener su triunfo, puesto que, para llegar hasta la lucha en los comicios, se necesitará una relativa libertad.

En el caso de que ésta falte por completo, imposible será pronosticar lo que suceda, pues bien puede darse el caso de que la Nación, indignada por las violencias y persecuciones de que son víctimas sus buenos hijos tan sólo porque quieren hacer uso de sus derechos, se levante en masa y presenciemos otra revolución popular como la de Ayutla.

No porque la Nación haya permanecido impasible hasta ahora, ha de imaginarse que presenciara con la misma impasibilidad que se cometan numerosos atentados; ahora pasamos por una época de transición; se nota gran agitación y ansiedad en todas partes, y si las energías del pueblo, ansiosas por manifestarse, no encuentran expedita la vía democrática, podrán desviarse por los senderos torcidos de la revuelta y acarrearán males sin cuento á la patria.

Las consecuencias serían funestas para el país, aunque no creamos tan probable una intervención de los Estados Unidos. Estos, antes de resolverse á una guerra con nosotros, lo pensarían muy maduramente. Ya los boeros han probado de lo que es capaz un pueblo en la defensiva y más aún, un pueblo que lucha por su independencia. Una guerra

con México costaría á los Estados Unidos un número muy superior de millones al que tienen invertidos en nuestro territorio, y los cuales no serán tan amenazados en caso de una revolución como se ha dado en suponer. Además, tendrían que resolverse á sacrificar algunos cientos de miles de sus hijos, pues los mexicanos no nos resolveremos tan fácilmente á perder parte de nuestro territorio, ni menos aún nuestra independencia.

Esa guerra es, además, muy poco probable, porque al elevado nivel intelectual y moral del pueblo americano, repugnaría una guerra tan sangrienta sólo por proteger los intereses de algunos capitalistas, que muy bien podrán encontrar protección ó indemnización valiéndose de las vías diplomáticas.

Decimos lo anterior, no porque creamos que una revolución dejara de ser funesta por estar tan remoto aquel peligro, sino porque queremos rechazar la humillante idea que han dado en propalar algunos sostenedores de la actual administración, de que los Estados Unidos intervendrán en caso de un conflicto interior. El mismo General Reyes, que se precia de ser tan gran patriota, ha dicho en su célebre entrevista con el señor Heriberto Barrón: "*Creerme capaz de atentar así contra la paz interior, y por ende, hasta la de carácter internacional, pues LA INTERVENCION EXTRANJERA HOY SE IMPONE PARA GARANTIZAR LOS CUANTIOSOS CAPITALS VENIDOS DEL EXTERIOR Á NUESTRAS INDUSTRIAS Y MERCADOS.....*"

La intervención sólo podría tener lugar, en el caso de que nuestro Gobierno siguiera la misma conducta antipatriótica de Estrada Palma en Cuba, pero estamos convencidos de que no pasará así y que, en caso de una intervención extranjera, desaparecería instantáneamente toda división intestina, y los mexicanos, unidos todos y capitaneados por nuestro venerable Presidente, no tendríamos más que un pensamiento: luchar hasta morir, antes de perder nuestra independencia.

Pero á pesar de las pocas probabilidades de un conflicto internacional, ¡cuánto mejor es evitar todas las causas que posiblemente puedan acarrearlo! Para lograr este objeto no se necesita un gran esfuerzo. Basta que todos los mexicanos nos respetemos mutuamente nuestros derechos, pues, tengámoslo siempre presente: "el respeto al derecho ajeno es la paz," tanto en asuntos internacionales como en los domésticos.

La hipótesis de que estalle una revolución es la menos probable de todas, pues por un lado, el elemento gobiernista procurará evitarla á toda costa, y el medio más eficaz y sencillo consistirá en hacer concesiones á la voluntad nacional, lo cual está en su mano; por otro lado, los que formen el Partido Independiente, son partidarios de la ley, y por amarga experiencia sabemos los mexicanos que, cuando hemos empuñado las armas para derrocar algún mal Gobierno, hemos sido cruelmente decepcionados por nuestros caudillos, que nunca han cumplido sus promesas, por cuyo motivo las tendencias del Partido Independiente serán, trabajar porque se verifique el cambio de funcionarios por medio de las prácticas democráticas.

A pesar de lo anterior, la probabilidad existe de que sí se levante la Nación si la opresión es demasiado vigorosa. Si es cierto que está acostumbrada á permanecer tranquila y en perpetua paz, también lo está á no presenciar sino muy raros atentados cometidos aisladamente, y si ahora viniera una serie numerosa, como tendría que suceder, le causaría una indignación difícil de contener.

En este caso desgraciado, sería el culpable el General Díaz, que por su obstinación en no hacer concesión alguna á la República, habría precipitado esa catástrofe, pues hay que decirlo alto y claro: el General Díaz, ayudado por las circunstancias y de un modo tácito por todos los mexicanos, ha creado un orden tal de cosas, que ni él mismo puede alterar impunemente.

Otra eventualidad posible en caso de que se iniciara con vigor el régimen de persecuciones, sería callar todas las

voces independientes, quitar de enmedio á todos los hombres de energía capaces de dirigir al pueblo, y establecer para siempre en nuestra Patria el régimen de poder absoluto con todas sus funestas consecuencias.

Entonces, el General Díaz habría causado á la Patria Mexicana el mayor mal posible, pues habría aniquilado para siempre sus fuerzas, y la entregará maniatada en manos de su sucesor, cuya conducta ni él mismo puede prever ni mucho menos podrá remediar cuando ya haya abandonado este mundo.

Estas dos posibles contingencias: la revolución ó la consolidación definitiva de la dictadura son precisamente las que intentará evitar el Partido Independiente. La primera la evitará encauzando las energías de la Nación por un camino hasta ahora nuevo para ella: por el de la Democracia. La segunda, luchando en los comicios, aun sin esperanzas de triunfo, con tal de despertar el espíritu público y prestigiarse lo suficiente para poder luchar con el sucesor del General Díaz y arrancarle una á una nuestras libertades,

Sin embargo, para que el Partido Independiente pueda cumplir su noble misión, ya lo hemos dicho, es necesario que el General Díaz renuncie al régimen de persecuciones y conceda la libertad suficiente para que la Nación se organice en partidos políticos y pueda nombrar libremente sus mandatarios.

Consideraciones generales. Terminaremos este capítulo haciendo las siguientes consideraciones para demostrar que el pueblo debe esperar mucho de sus propios esfuerzos.

Las Compañías Ferrocarrileras en México, en su mayoría extranjeras, ocupaban á un gran número de empleados mexicanos y los trataban con desigualdad irritante, en relación á los empleados americanos. El Gobierno Mexicano jamás se preocupó del asunto, pero los ferrocarrileros mexicanos, comprendiendo que nada debían esperar del Gobierno, se unieron, formaron una asociación poderosa que

ha logrado no solamente que se trate al mexicano sobre una base de igualdad con el americano, sino que ha obtenido importantes concesiones del Gobierno.

En Coahuila, á consecuencia del estado de sitio que fué declarado en el año 1884 á raíz de subir el General Díaz al poder, el pueblo no pudo hacer libremente sus elecciones y fué impuesto un Gobernador de acuerdo con las tendencias tuxtepecanas.

Ese Gobernador resultó insoportable, y 12 años después todo el Estado se levantó indignado y hasta se registraron algunos levantamientos con las armas. El General Díaz vió que si se empeñaba en sostener tan mal gobernante podía venir una conflagración en la República, y cedió.

El nuevo Gobernante de Coahuila era un excelente sujeto, pero después de su primera reelección se corrompió, como pasa con casi todos los hombres que permanecen muchos años en el poder. Al intentar su tercera reelección, se organizó un fuerte movimiento opositorista, y el triunfo de la oposición no resultó más completo, porque es imposible que después de 30 años de inmovilidad, el primer esfuerzo para agitar la oposición pública obtuviera un éxito completo.

Sin embargo, merced á aquel movimiento, se logró que fueran removidas todas las autoridades locales, con lo cual sintió alivio el Estado. Es cierto que posteriormente han empeorado en algunos pueblos, pero se debe al régimen de poder absoluto, bajo el cual tendrán que cometerse grandes faltas, aun teniendo buena intención.

Ahora aparece asegurado el cambio de Gobernador, é indudablemente que esto obedecerá á la campaña política de hace tres años.

Por lo anterior, demostramos con hechos que no hay esfuerzo perdido cuando lleva un fin bueno.

Por esta circunstancia no debemos vacilar en organizarnos los que profesamos el ideal democrático, porque ya vemos cuan indispensable es hacerlo para salvar á la Patria

de los horrores de la guerra civil, ó de la decadencia que acarreará la prolongación del absolutismo.

En cuanto al temor tan generalizado de que el General Díaz sofocará con mano de hierro cualquier movimiento democrático, lo creemos exagerado y quizás hasta infundado por las razones siguientes: El General Díaz tiene gran tacto y ha de comprender cuan funestas serían las consecuencias de inaugurar una era de persecuciones. A su edad, después de haber gobernado por más de 30 años en medio de una tranquilidad nunca vista en nuestra historia; de haber llevado á su Patria á un alto grado de desarrollo industrial y mercantil; de haber implantado la paz en nuestro turbulento suelo, y por último, habiendo llegado á formarse una reputación casi mundial, no querrá ir á comprometer sus laureles en una última contienda con el pueblo, en la cual lleva todas las probabilidades de perder, pues aunque lograra sostenerse en el Gobierno por algunos años más, los únicos que le quedarán de vida, será á costa de tanta sangre, de tanta perfidia, que ya no podrá vivir tranquilo; como pesadilla horripilante se le aparecerán las sombras de sus víctimas, y el último grito de indignación de la Patria amordazada y retorciéndose en las convulsiones de la agonía, tendrá un eco siniestro en las profundidades de su conciencia.

El General Díaz, que tiene derecho á pasar los últimos años de su vida con entera calma, acompañado por las bendiciones del pueblo, arrullado por la gratitud nacional, tendríase que resignar á vivir en constante zozobra, á no ver en el pueblo sino rostros sombríos, á no adivinar en su siniestro silencio, sino protestas de indignación y las maldiciones que siempre acompañan á los tiranos de la tierra.



RESUMEN

Hemos terminado nuestro trabajo, y aunque adolece de grandes deficiencias, como toda producción humana, creemos haber cumplido hasta donde nos ha sido posible con el ofrecimiento que hicimos desde el principio, de sobreponernos á todas las pasiones bajas y no inspirarnos sino en el más puro patriotismo, á fin de hablar el lenguaje de la Patria é interpretar fielmente sus angustias, sus necesidades, sus deseos, sus ardientes aspiraciones.

Pero antes de terminar, procuraremos condensar el resultado de nuestro estudio, á fin de describir de un modo más conciso nuestra idea general sobre la situación.

*
* *

A consecuencia de nuestra larga era de guerras intestinas, en la cual no se conocía más derecho que el del más fuerte, al fin tuvimos que caer bajo el dominio del más poderoso y afortunado de los militares de aquella época,